

**Miquel A. CASASNOVAS, *Història Econòmica de Menorca. La transformació d'una economia insular (1300-2000)*. Palma, Editorial Moll, 2006, 492 pp.**

La historia económica contemporánea de Menorca viene marcada por dos hechos fundamentales que muchos analistas han considerado estrechamente relacionados: el sometimiento de la isla a la soberanía británica durante buena parte del siglo XVIII y el carácter predominantemente industrial que ha tenido la economía de la isla desde finales del siglo XIX hasta hace unos pocos años. Una hipótesis muy arraigada, sostenida tanto por historiadores como por economistas, señala que la imposición por los británicos de una política de total franquicia arancelaria habría generado una fuerte transformación económica, creando las bases para un desarrollo industrial moderno que distinguiría Menorca de las otras islas del archipiélago balear y, más todavía, de las demás islas del Mediterráneo occidental. La denominada “vía menorquina de crecimiento”, más equilibrada y menos dependiente del turismo de masas, tendría así su origen en las políticas liberales impuestas por los británicos.

Esta es la hipótesis que Miquel Àngel Casanovas quiere corroborar o refutar en este libro. Nadie mejor situado que él para hacerlo. Su ya larga trayectoria como investigador del pasado económico de Menorca le avala para enfrentarse con éxito a un reto de esta magnitud. El libro es una versión adaptada de su tesis doctoral, defendida en 2001 y que cubría el periodo 1600-1920. El reajuste temporal quizá sea una de las pocas críticas que se pueden hacer al libro. Las referencias a los años posteriores a la Guerra Civil son muy esquemáticas y reflejan la voluntad de llevar hasta la actualidad un trabajo cuyo núcleo fundamental finaliza con el estallido del conflicto. Es verdad, sin embargo, que existen otros trabajos que cubren perfectamente este último periodo a los que puede dirigirse el lector para completar el resumen que nuestro autor ofrece.

Plantearse las consecuencias a largo plazo de la ocupación británica y los orígenes de la peculiaridad industrial menorquina exigía, por un lado, un planteamiento de muy largo plazo que se iniciara antes del cambio de soberanía, y por otro, la voluntad de recurrir tanto a la recopilación de nuevos datos como al análisis exhaustivo de la abundante literatura existente sobre el pasado de Menorca. Estas exigencias las ha cumplimentado Casanovas a la perfección. Su punto de inicio es la conquista de Menorca por el rey Alfonso III, en 1287, y la consiguiente repoblación, aunque de hecho el estudio en sí mismo se inicia a mediados del siglo XVI. A partir de ese punto, la aportación de documentación de primera mano y el manejo de publicaciones de todo tipo, tanto de época como posteriores, es muy remarcable. Se trata de un trabajo excelente que aúna un exhaustivo conocimiento erudito con una notable capacidad de análisis.

La primera observación con la que el libro cuestiona la tesis de referencia se refiere al desarrollo económico de Menorca antes del Tratado de Utrecht que iba a sellar su cesión a la corona británica. Un buen número de indicios de todo tipo, tanto cualitativos como cuantitativos, permiten aseverar que en torno a 1700 la economía menorquina no podía calificarse de cerrada y tradicional, sino que mostraba un notable nivel de intercambios exteriores y estaba en pleno crecimiento. Participaba activamente de la revitalización económica que se daba en las regiones mediterráneas peninsulares, y singularmente en Cataluña, desde el fin de la Guerra de Secesión. En esos años, Menorca y sus puertos eran ya un punto significativo de paso y encuentro del mundo comercial del Mediterráneo, mientras que las exportaciones de lana comandaban su comercio propio. Un elemento relevante a tener en cuenta es la importancia militar que adquirió la isla durante los conflictos de la segunda mitad del siglo XVII y que conllevó una notable inversión real en fortificaciones, amén del mantenimiento en su suelo de una dotación militar de cierta importancia. Este fenómeno explica en gran parte la concentración del notable crecimiento demográfico de la época en la zona oriental de la isla, en torno a Maó.

Así las cosas, la ocupación británica habría venido a impulsar con nueva fuerza un proceso de apertura y crecimiento que estaría ya en marcha. El punto fundamental de la política impuesta por los británicos respecto a la isla fue sin duda la franquicia total a la entrada y salida de productos de toda procedencia y la libertad de asentamiento de comerciantes extranjeros. Como señala Casanovas, estas decisiones no derivaban de ningún afán de los ocupantes por mejorar la economía de la isla ni de la aplicación de una ideología liberal. Respondían simplemente a la conveniencia de asegurar un abastecimiento regular de las naves y soldados británicos que iban a utilizar el puerto de Maó como base de su presencia en el Mediterráneo. Fuera como fuera, la nueva política conllevó importantes consecuencias para la economía menorquina.

Las condiciones naturales y de ubicación de la isla, sumadas a la demanda militar y al establecimiento en su suelo de comerciantes extranjeros, convirtieron al puerto de Maó en un punto esencial del movimiento comercial mediterráneo. El centro de estos intercambios con el exterior fue el comercio de trigo. Se importaba cereal del norte de África, de Levante, de Sicilia y de Cerdeña y se redistribuía en España (Palma, Barcelona) o en las ciudades italianas peninsulares, amén de surtir las demandas de la flota británica. Los comerciantes menorquines pronto tomaron conciencia de la oportunidad que se abría y empezaron a participar en este tráfico, actuando como intermediarios y como armadores de los barcos implicados, codo con codo con los negociantes británicos, griegos y judíos asentados en la isla. Como era propio de la época, esta actividad marítima incluía también el contrabando —en el caso de las ventas al mercado español— y el corsarismo, practicado contra naves de naciones enemigas durante los diversos conflictos internacionales que se dieron en el periodo. Justamente, fueron los costes que ocasionaba a la navegación española el curso practicado desde Menorca, la razón principal del empeño de la monarquía hispana en recuperar la isla.

Casanovas explica convincentemente que este desarrollo comercial y naviero tuvo efectos muy limitados en otros ámbitos de la economía menorquina. Ni la agricultura ni la manufactura experimentaron transformaciones significativas, salvo en el caso de la construcción naval. Estos sectores respondieron al incremento general de la demanda por

una vía simplemente extensiva, sin que se detecte la introducción de innovaciones relevantes. Lo más significativo fue el inicio de un proceso que continuaría en épocas posteriores: la inversión en la adquisición de tierras de los capitales acumulados en el comercio. Esta introducción del capital comercial en la agricultura, sin embargo, tenía finalidades de diversificación de riesgos y de consolidación social, no una voluntad de incorporar la producción agrícola a los nuevos circuitos comerciales. Los nuevos propietarios se mantendrían completamente absentistas y no impulsarían cambio alguno en las tradicionales formas de tenencia y producción.

En estas circunstancias, la reincorporación de Menorca a la corona española, primero en 1782 y definitivamente en 1802, tuvo efectos muy importantes en las actividades marítimas, pero pocos en las de producción. La desaparición de la franquicia fue largamente lamentada por los comerciantes menorquines, que atribuyeron a la nueva política fiscal la decadencia económica de la isla. Sin embargo, todo parece indicar que lo que se dio en realidad fue una reorientación de los orígenes y los destinos comerciales, con los puertos de la costa mediterránea peninsular constituidos ahora en principal objetivo de abastecimiento. Así las cosas, el auténtico golpe destructor sobre la economía marítima de la isla no se dio en 1782 o 1802 sino en 1820, con la prohibición a la importación de cereales. Aunque los efectos se paliaron durante algún tiempo por la pervivencia del contrabando, la progresiva desaparición de la importación de trigo conllevó el fin del sistema económico surgido a finales de siglo XVII.

Los años centrales del siglo XIX, entre 1830 y 1860, se constituyen así en un periodo auténticamente negro para la economía menorquina, marcado por el marasmo económico y la emigración. De hecho, la población disminuyó entre 1830 y 1850 en un 18 por ciento y solo en los años finales del siglo XIX recuperó los niveles anteriores. Sin embargo, en opinión de Casasnovas, fue en aquellos años de dificultades cuando se fraguó el carácter industrial de la isla. Los ejes del cambio serían la producción de tejidos de algodón y la de calzado. En el primer caso, la protagonista del cambio sería una única empresa, la *Industria Mahonesa*, creada en 1856 y transformada en 1881 en la *Industrial Mahonesa*. Se trataba de una fábrica de hilados y tejidos de notable dimensión cuyas vicisitudes ya fueron estudiadas por el propio Casasnovas y por Carles Manera en esta revista (n. 13, 1998). Aunque en la iniciativa participó algún inversor catalán, la mayor parte del capital y la gerencia efectiva de la empresa estuvieron siempre en manos de menorquines.

El caso de la industria del calzado es completamente distinto. Surgido de las entrañas de la menestralía tradicional y aprovechando las condiciones excepcionales que se daban en el protegido mercado cubano, se fraguó un entramado productivo extremadamente flexible en el que predominaba el trabajo domiciliario y que en muy pocos años pasó a protagonizar la vida económica de Ciutadella y Alaior y, en menor medida, de Maó. Un elemento fundamental de este proceso fue la reconstrucción de la marina menorquina, en esta ocasión en base a barcos de vapor y dirigida a mantener líneas regulares con los principales puertos de la península y Marsella. Como señala bien Casasnovas, las bases de esta revitalización industrial hay que encontrarlas en las posibilidades que ofrecía una economía con costes laborales inferiores a los de otros centros productivos (como Barcelona) y en el espíritu emprendedor de los menorquines. No parece detectarse, en cambio, una continuidad efectiva entre las actividades y los capitales

que protagonizaron el periodo expansivo del siglo XVIII y estas nuevas iniciativas. Si acaso, el nexo debería hallarse, justamente, en el fomento del espíritu de empresa que sin duda la etapa de apertura comercial tuvo que implicar.

El desarrollo industrial de Menorca, si bien singular, no deja de ser significativo. En 1887 un tercio de la población activa de la isla se empleaba en tareas industriales, por un 23 por ciento en las Baleares y un 15 por ciento en el total español. En 1940, trabajaban en la industria el 55 por ciento de los activos menorquines, en comparación con el 23 por ciento de actividad industrial que se daba en el conjunto de las Baleares y en el total de España.

Esta vocación industrial no dejaría de sufrir los embates de coyunturas depresivas y de decisiones políticas perjudiciales. En los años finales del siglo XIX, la progresión industrial se vio reafirmada por la creación de nuevas empresas como *La Maquinista Naval*, convertida después en *Anglo-Española de Motores*, una empresa de construcciones mecánicas de considerable ambición, y por el surgimiento de bancos modernos dirigidos a cubrir la vertiente financiera del proceso. Entre 1910 y 1911 una serie de tropiezos empresariales se trocaron en una grave crisis. En 1910 la *Industrial Mahonesa*, después de algunos años de dificultades, tuvo que cerrar definitivamente sus puertas. En 1911 lo hacía la *Anglo-Española*, afectada al parecer por una gestión demasiado expansiva. La crisis de esta entidad arrastró al *Banco de Mahón*, el mayor de la isla, y provocó un pánico financiero de grandes dimensiones que casi acabó con el entramado bancario y paralizó durante meses la actividad económica general. Esto no obstante, la industria del calzado —que había superado con serias dificultades la independencia cubana— se sostuvo con más o menos éxito hasta que en 1919 el llamado *decreto Cañal* (por el entonces ministro de Abastecimientos, Carlos Cañal) vino a imponer una tasa a la exportación de productos de piel, perjudicando de forma directa a la industria menorquina, cuyos mercados eran esencialmente exteriores.

Los años que siguieron al final de la Primera Guerra Mundial no fueron, pues, comparables en euforia y crecimiento a las décadas anteriores, pero el protagonismo industrial se mantuvo con fuerza. Aparecieron también en esta época signos de cambio en el ámbito agrícola, derivados esencialmente de la progresiva especialización de las explotaciones en la producción ganadera. Aumentaron significativamente las salidas hacia la península de animales y, especialmente, de queso. En el caso de la elaboración de quesos, la producción, esencialmente de carácter rural, se complementó con la creación en 1931 de la empresa *Industrial Quesera Menorquina*, introductora en España del queso fundido bajo la marca '*El Caserío*'. También merece la pena reseñar el surgimiento, ya antes de la Gran Guerra, de una industria también dispersa de monederos de plata dedicados a la exportación. Esta actividad, que llegó emplear a varios miles de personas, básicamente mujeres, entró en crisis en los años 1920, pero dejó como legado una estructura productiva que sería reconvertida hacia la producción de bisutería.

La Guerra Civil y, especialmente, la autarquía no podían ser más que perjudiciales para una economía débil en recursos naturales y basada en las manufacturas de exportación. En unas pocas páginas finales, el autor nos explica como la paulatina reapertura de la economía española, a partir de mediados de los años 1950, tuvo un inmediato reflejo positivo en la decaída industria menorquina. Asentada en la tripleta calzado, bisutería y queso y todavía en gran parte en el trabajo domiciliario o de pequeños talleres, la industria menorquina

recuperó sus fueros y dio lugar a un proceso de crecimiento económico en el que el turismo, que se enseñoreaba de Mallorca y Eivissa, tenía un papel secundario.

Este último resurgimiento industrial encontró un punto de inflexión en la crisis energética y económica iniciada a mediados de los años 1970. Los mercados de productos de calidad a los que se dirigían las manufacturas menorquinas quedaron fuertemente golpeados, a la vez que las antiguas ventajas de una mano de obra menos costosa para unas actividades muy intensivas en ella se desvanecían. En los últimos veinte años Menorca es cada vez menos diferente y el turismo está adquiriendo un papel preponderante. Miquel Àngel Casanovas señala los inconvenientes de este deslizamiento hacia el monocultivo turístico y aboga por medidas que intenten frenar el fuerte proceso de terciarización.

Al final como al principio, el libro que comentamos no es una historia económica convencional de un territorio con un afán más o menos narrativo. Es un trabajo centrado en la contrastación de una hipótesis de modelo de crecimiento en el muy largo plazo, en el que los aspectos exógenos y endógenos son analizados de forma exhaustiva, y en el que se aporta información de primera mano además de análisis bien detallados y bien fundamentados. En definitiva, una visión de conjunto excelentemente articulada y documentada del desarrollo económico de Menorca que viene a esclarecer las características propias de la ‘anomalía’ menorquina.

CARLES SUDRIÀ

